

**Encuentro Nacional de Docentes Universitarios Católicos
UCA Buenos Aires Argentina
ENDUC VIII: Aportes católicos al desarrollo histórico de Argentina
Comisión 6. Visionarios católicos de un mundo en cambio**

***Exilio universitario
Una reflexión para ayer, hoy y siempre
desde la profundidad conceptual de San Juan Pablo Magno***

María Fernanda Balmaseda Cinquina

I- Cultura y Universidad

Al iniciar este encuentro, para mi tan lleno de significado, quiero saludar a todos los representantes del mundo de la cultura argentina, reunidos aquí, en este marco sugestivo del Teatro Colón, escenario y testigo de tantas manifestaciones culturales. He esperado este momento con particular interés. A lo largo de los siglos, la Iglesia ha vivido en alianza con las letras, las artes y las ciencias; y esta ininterrumpida asociación, que se ha manifestado recíprocamente fecunda, está llamada a seguir siendo fuente de creatividad y vitalidad intelectual en el futuro. (Juan Pablo II, 1987, n.1).

Con estas palabras, el entonces Santo Padre Juan Pablo II, abría en Buenos Aires su *Discurso a los representantes del mundo de la cultura argentina* (1987). El Magno Pontífice introduce inmediatamente el tema acuciante del vínculo histórico entre la Iglesia y la cultura, no sin dejar de observar y alertar sobre los riesgos actuales que ya se cernían sobre esa sempiterna y fructífera relación y el rol de la filosofía entre ambas:

Es una necesidad apremiante, ya que la decadencia humana y el progresivo agotamiento cultural que se notan también en nuestra época, coinciden en gran parte con la contemporánea degradación de algunos sistemas filosóficos que pretenden hacer del hombre un rival de Dios, orientan al individuo y a la sociedad por caminos que alejan de Aquel que es la causa de su existencia y el término final de todo afán verdaderamente humano. (n. 1).

Aquel encuentro, enmarcado dentro de uno de sus viajes apostólicos a nuestro país, estuvo organizado por la Universidad Católica Argentina. Aquel *Discurso*, en ese ámbito y mediando esta Institución da sentido a esta intervención en el 8º Encuentro Nacional de Docentes Universitarios Católicos que nos convoca.

Es muy interesante observar, cómo Juan Pablo, en el último tramo de su *Discurso*, presenta a la Universidad en contexto cultural y como un capítulo especial dentro del mundo de la cultura (1987):

Permitidme, en este sentido, unas breves palabras sobre el mundo universitario, del que muchos de vosotros formáis parte. La Universidad, en su específica fisonomía, significa cultura, cultura cualificada y original, cultura de orden superior, destinada a difundir la verdad y a lograr descubrimientos que marcan un real progreso en la esfera de los conocimientos humanos. Pero ese fin primario y esencial de la Universidad es inseparable de otra función, que igualmente le es connatural: ayudar a los hombres y mujeres que en ella conviven, a desarrollarse a sí mismos, a crecer propiamente como personas, según las exigencias del bien integral del hombre. Es necesario que la Universidad y cada uno de los universitarios fomenten ese desarrollo armónico y paralelo de ambas finalidades. (n.7).

¿Por qué esta preferencia y su atención especial al mundo universitario? Indudablemente, el Papa polaco ha sido un hombre de la Universidad, de rica vida universitaria tanto como alumno, cuanto como docente del más alto grado académico:

Durante muchos años yo mismo viví la benéfica experiencia, que me enriqueció interiormente, de aquello que es propio de la vida universitaria: la ardiente búsqueda de la verdad y su transmisión desinteresada a los jóvenes y a todos aquellos que aprenden a razonar con rigor, para obrar con rectitud y para servir mejor a la sociedad. (Juan Pablo II, 1987, n.2).

II- La inteligencia cristiana y la ética del pensamiento

¿Qué nos dice acerca de lo que es la Universidad, en general y la Universidad Católica, en particular? En primer lugar recuerda que las universidades surgieron como centros de cultura superior bajo el amparo de la Iglesia:

Con el correr de los tiempos, gracias al solícito empeño de los obispos y de los monjes, se fundaron cerca de las iglesias catedrales y de los monasterios las escuelas, que promovían tanto la doctrina eclesiástica como la cultura profana, como un todo único. De tales escuelas surgieron las Universidades, gloriosa institución de la Edad Media que desde su origen tuvo a la Iglesia como madre y protectora generosísima. Cuando más adelante las autoridades civiles, solícitas del bien común, comenzaron a crear y promover universidades propias, la Iglesia, según exigencias de su misma naturaleza, no cesó de crear y fomentar estos centros de sabiduría cristiana. (Juan Pablo II, 1979 a, n.2).

“Las Comunidades universitarias... son para mí el signo vivo y prometedor de la fecundidad de la inteligencia cristiana en el corazón de cada cultura” (Juan Pablo, 1990, n.2). En su concepción de lo que es la Universidad es fundamental la formación de la inteligencia, prenda, también, del robustecimiento del ser personal. A ello se debe, también, algo que por experiencia sabemos: una buena formación intelectual y doctrinal promueven la estabilidad psicológica y contribuyen a

consolidar la personalidad:

Pocas cosas son tan decisivas en la vida de la humanidad como el *servicio del pensamiento*. Hablo de servicio en el sentido más elevado de este término... es *esencialmente servicio a la verdad*... El pensamiento es el mayor tesoro. Pero también el mayor peligro que corre la humanidad. Es preciso cultivarlo con una actitud que no dudo en definir *religiosa*, pues la búsqueda de la verdad, incluso cuando concierne a realidades limitadas del mundo y de la historia, remite siempre a algo *más*, algo trascendente, y es, por tanto, como el atrio de acceso al Misterio (Juan Pablo II, 1993 a).

En el mundo de la cultura en el cual nos desenvolvemos, hay un conjunto de temas -muchos de ellos, por ejemplo, en torno a la vida y la familia-, que constituyen un epicentro importante de conflicto, pero, también son un desafío que asumir, no como único asunto en el que desde la razón debemos compatibilizar nuestro pensamiento con la revelación y la doctrina de la Iglesia que de ella se sigue, sino en tal caso, como un eje temático expresivo de una concepción epistémica que incluye la ciencia y la fe y una metodología de pensamiento que, aspirando a toda la verdad en sus diversas facetas, no puede no integrar permanentemente y *per se* la razón y la fe: de lo contrario, incurrimos en falsedad.

Sin embargo, tendríamos una visión reduccionista de nuestra misión universitaria si sólo pensáramos como intelectuales cristianos en estos temas y, además, lo hiciéramos reactivamente a la oferta del mundo. Somos pensantes y nuestro cometido está en formar “inteligencias cristianas”, es decir en “un ejercicio de la inteligencia que integra una visión de fe” (Juan Pablo II, 1985). Y todo esto en una perspectiva que, por la “conexión intrínseca entre el *verum* y el *bonum*”, nos compromete con una “ética global del pensar”, porque “es necesario cultivar una *ética del pensamiento*”, como hermosamente dice Juan Pablo II al mundo de la cultura en Lituania:

A vosotros, hombres de cultura y de ciencia, os incumbe más que a otros la responsabilidad *de no cerrar los espacios del pensamiento a los horizontes del misterio*. No se trata de un deber impuesto desde fuera, como si se quisiera frenar la investigación y disminuir la libertad. En realidad, brota de la *lógica íntima del pensamiento*. La aventura que exalta el pensamiento reside en esta dinámica esencial, que pone al hombre entre la conciencia del límite y la necesidad de lo absoluto. Por esta razón, cuando el hombre *piensa* profundamente, con rigor intelectual y honradez de corazón, se sitúa en el camino de un posible encuentro con Dios (1993 b).

En el mismo sentido, diría más tarde Benedicto XVI: “es importante que en una Universidad Católica no se aprenda sólo la preparación para una cierta profesión... podemos ver el lugar que ocupa nuestra fe cristiana, que debe estar presente a un alto nivel intelectual”. Por eso es que –sigue diciendo Benedicto–, “en el diálogo de las culturas invitamos a nuestros interlocutores a este gran *logos*, a esta amplitud de la razón. Redescubrirla constantemente nosotros mismos es la gran tarea de la universidad” (2006).

Ya los Padres Conciliares en la década del ‘60 repetidamente habían señalado

que en una Universidad los alumnos han de formarse como “hombres de auténtico prestigio por su doctrina, preparados para desempeñar las funciones más importantes en la sociedad y atestiguar en el mundo su propia fe». (Concilio Vaticano II, 1965, n.10). Por tanto, contribuir al crecimiento de una sana cultura universitaria supone una comprensión medida y no mezquina, valorativa y no desbordada de la razón. Esa es la llave para su aprovechamiento en toda la universalidad que le compete y el momento clave para la inculturación del Evangelio en una Universidad que, por lo menos virtualmente, ha de ser católica, para que ella sea un foco de la luz del Evangelio en cada uno de sus miembros y, desde allí, señera de verdadera cultura humana —desde el hombre y para el perfeccionamiento del hombre— para la sociedad civil y la política.

Hoy, de nuestros modernos *areópagos*, éste de la Universidad Católica sigue siendo el ámbito privilegiado en el que “los intelectuales católicos deben promover una síntesis renovada y vital entre la fe y la cultura” (Congregación para la Educación Católica, Consejo Pontificio para los Laicos y Consejo Pontificio de la Cultura, 1994, n.1), que incluya tanto la evangelización de las personas y, a través de ellas de las corrientes culturales que caracterizan ese ambiente (aspecto subjetivo de una cultura arraigada en la fe), como el mismo diálogo entre la fe y los saberes (aspecto objetivo de la cultura en armonía con la fe). Ella -más plenamente que otro tipo de Universidad- debe estar atenta a las inquietudes y a los desafíos del hombre actual y a progresar en el conocimiento de los aportes auténticamente humanos que cada cultura pueda hacer, para favorecer una recepción más plena del Evangelio, sin que éste quede confundido con ninguna de ellas.

De este modo, queda manifiesta la relevancia del estudio de la filosofía en la formación académica pues, en el orden científico, a ella compete dar respuesta a los planteos humanos más acuciantes: “puede decirse, por consiguiente, -y lo dice la Congregación para la Educación Católica- que la filosofía tiene un valor cultural insustituible, ella constituye el alma de la auténtica cultura, porque plantea las cuestiones sobre el sentido de las cosas y de la existencia humana en el modo verdaderamente adecuado a las aspiraciones más íntimas del hombre” (1972, n.51).

Asimismo, en esa Universidad confluyen docentes e investigadores que explícita o implícitamente -profesional o vocacionalmente- hacen *filosofía cristiana*, pues buscan la verdad a la luz de la fe con la “audacia” de una razón que no se deja atrapar por los límites de lo empírico ni la pulverización del saber “positivizado” (Consejo Pontificio para la Cultura, 1999, n.11) , aunque se dediquen a la profundización de alguna ciencia o arte en particular. En este sentido, también es muy valioso el papel de “la filosofía que hoy, entre otras tareas suyas, tiene también la de cribar la inmensa y compleja problemática propuesta por las ciencias y por las soluciones dadas por ellas, para obtener de ahí los datos de valor permanente respecto de la razón humana, y por tanto, de la relación con la Revelación” (Congregación para la Educación Católica, 1976, n.57).

Y en el caso de los teólogos, conocedores de la realidad concreta en la cual ejercen su tarea pastoral, si bien han de aceptar variantes filosóficas más acordes con

“la diversidad de regiones, culturas y mentalidades”, sin embargo no deben admitir “un pluralismo filosófico que comprometa aquel núcleo fundamental de afirmaciones que están ligadas con la Revelación” (n.52). El Magno Pontífice incluso entiende que esa filosofía juega un papel destacado en la formación sacerdotal de los seminarios como herramienta pastoral de un diálogo atento a descubrir “semillas de verdad” en otras culturas y opciones religiosas.

Siempre, “por tal motivo aparece justificada la alusión a Santo Tomás”, maestro de la armonía entre la razón y la fe, Doctor Común de la Iglesia (n.53 y Juan Pablo II, 1998, n.83):

Una Universidad Católica –decía ya tempranamente Juan Pablo II- no es sólo un campo de investigación religiosa abierto a todas las direcciones. Supone en los profesores una antropología iluminada por la fe, coherente con la fe y, en particular, con la creación y con la redención de Cristo. En medio de la sobreabundancia actual de modos de abordar la antropología que, por otra parte, con demasiada frecuencia terminan por empequeñecer al hombre, los cristianos han de desempeñar una tarea peculiar dentro de la misma investigación y de la enseñanza, precisamente porque se oponen a una visión parcial del hombre (1979 b).

Más aún, al renovar los Estatutos anexos de la Academia Pontificia de Santo Tomás de Aquino y de Religión Católica y la Academia Pontificia Teológica Romana, no dudó vincular la necesidad de una buena formación con el anuncio del Evangelio:

“Ante todo el mayor desafío de nuestra época brota de la vasta y progresiva separación entre la fe y la razón, entre el Evangelio y la cultura. Los estudios dedicados a este inmenso campo se multiplican día tras día en el marco de la nueva evangelización. En efecto, el anuncio de la salvación encuentra muchos obstáculos, que brotan de conceptos erróneos y de una grave falta de formación adecuada” (Juan Pablo II, 1999, n.2).

Si el principal cometido de la Universidad es el de integrar sanamente la razón y la fe a un alto nivel cultural, es porque se trata de una Universidad Católica. Su tarea privilegiada es la de “unificar existencialmente en el trabajo intelectual dos órdenes de realidades que muy a menudo se tiende a oponer como si fuesen antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad”, como decía Juan Pablo II (1980 y 1990, n.1). De ahí que merezca una consideración especial la primacía de la metafísica en la formación profesional de un alumno en cualquier disciplina, pues es propio del sabio el ordenar: es a la sabiduría a la que le compete la responsabilidad de establecer el orden entre los órdenes, tanto en el conocimiento de la realidad como en la jerarquía científica.

III- Nuestra Universidad y nuestro legado

Cabe ahora preguntarnos, sin embargo, ¿en qué tramo del camino se halla la Universidad que transitamos? ¿Cuál es su realidad actual? Asistimos –y lo digo con

preocupación- a un momento particular dentro de la vida universitaria. Con cierta regularidad registramos ejemplos que testimonian la no aceptación del rol que compete a profesores y alumnos dentro de esa estructura.

Alumnos que creen que ya saben, que no necesitan aprender, que no procuran salir de la ignorancia, porque el conocimiento es relativo y el criterio del profesor, opinable; que se privan de la ineludible guía de un maestro para poder alcanzar la ciencia perfecta que, mientras tanto, no poseen; que vienen a la Universidad sólo para obtener un título, acreditable por la mera asistencia, pues en realidad ya son eso para lo que la obtención del título los habilitaría, aunque aún no tengan el diploma; que, mientras antes no querían esforzarse, ahora ya ni siquiera quieren tener complicaciones; que no entablan relaciones diáfanas, sino que miran al profesor mientras piensan a quién podrán recurrir en una instancia superior para obtener el resultado deseado, puenteando al docente; para los que no hay jerarquía ni autoridad. Alumnos que no aceptan la condición de alumnos, la maravillosa condición de ser alumno: la de ser alentado, felicitado, aconsejado, orientado en la lectura, corregido, teniendo un referente al que, incluso, valga la pena discutirle.

Profesores que tampoco aceptan la condición de docentes, que no creen que el verbo *docere* –enseñar-, tenga como participio de presente el término “docente”, sino el de “asistente social”; que proponen como modelo educativo la “pastoral del corazón y la pedagogía de la conciencia” del profesor, no del alumno. En ese sentido, no es extraño escuchar: “hay que cambiar la mente” del profesor, ¡no del alumno!

Pero enseñar es más, mucho más que acompañar a otro en su proceso de aprendizaje: es participar activamente en ese pasaje de no saber a saber, aunque la intervención sea de carácter instrumental y no principal. Es asumir un compromiso responsable en el crecimiento personal del joven universitario, que tiene el derecho de buscar y encontrar verdad encarnada, hábito realizado en la persona a imitar.

Para el docente también es un compromiso con la verdad completa –natural y sobrenatural- que debe respetar y exponer en sus máximas posibilidades racionales. De lo contrario -y supongo que por una equivocada interpretación de la expresión de Francisco “hospital de campaña después de la batalla” aplicada a la Iglesia-, la Universidad resultaría reducida a un centro asistencial, inmersa en una forma de “asistencialismo”, más lindante a una parroquia que a una alta casa de estudios.

Ahora bien, ¿cuál va a ser nuestro legado a las próximas generaciones, cuáles son nuestras expectativas para la Universidad que viene? ¿Cuál es nuestra responsabilidad al respecto, pues una Universidad Católica es más que una Universidad? Por lo pronto, no callarnos, no temer decir lo que pensamos, aprovechar lo pertinente y propicio de este Encuentro para discernir criterios comunes: qué comunidad conformamos, en qué comulgamos a partir de la riqueza de la propia diversidad. De lo contrario, podemos caer en el riesgo de convertirnos en islas, en lugar de ser mojones de un camino, podemos desfallecer –claudicar- o perecer –autoexiliarnos-.

Sin embargo, siguen resonando las palabras del Magno Papa al iniciar la *Constitución Ex corde Ecclesiae*, pues a estudiantes y a docentes nos une el amor por la verdad y la necesidad de su comunicación:

Nacida del corazón de la Iglesia, la Universidad Católica se inserta en el curso de la tradición que remonta al origen mismo de la Universidad como institución, y se ha revelado siempre como un centro incomparable de creatividad y de irradiación del saber para el bien de la humanidad. Por su vocación la *Universitas magistrorum et scholarium* se consagra a la investigación, a la enseñanza y a la formación de los estudiantes, libremente reunidos con sus maestros animados todos por el mismo amor del saber. Ella comparte con todas las demás Universidades aquel *gaudium de veritate*, tan caro a San Agustín, esto es, el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla en todos los campos del conocimiento. (n.1).

La misión de la Universidad en la Iglesia consiste en hacerse cargo de la relevancia intelectual del orden que implica la armonía entre la razón y la fe. Concomitantemente, su misión en la sociedad trata acerca de la promoción del diálogo entre la Buena Nueva de Cristo y la cultura en función de la inculturación del Evangelio. Por eso, en la misma *Constitución*, el Magno Pontífice nos recuerda la gravedad de nuestra actuación en la Universidad Católica de la que formamos parte:

Los docentes universitarios esfuércense por mejorar cada vez más su propia competencia y por encuadrar el contenido, los objetivos, los métodos y los resultados de la investigación de cada una de las disciplinas en el contexto de una coherente visión del mundo. Los docentes cristianos están llamados a ser testigos y educadores de una auténtica vida cristiana, que manifieste la lograda integración entre fe y cultura, entre competencia profesional y sabiduría cristiana. Todos los docentes deberán estar animados por los ideales académicos y por los principios de una vida auténticamente humana. (n.22).

Se insta a los *estudiantes* a adquirir una educación que armonice la riqueza del desarrollo humanístico y cultural con la formación profesional especializada. Dicho desarrollo debe ser tal que se sientan animados a continuar la búsqueda de la verdad y de su significado durante toda la vida, dado que «es preciso que el espíritu humano desarrolle la capacidad de admiración, de intuición, de contemplación y llegue a ser capaz de formarse un juicio personal y de cultivar el sentido religioso, moral y social» (*Gaudium et spes*, n. 59). Esto les hará capaces de adquirir o, si ya lo tienen, de profundizar una forma de vida auténticamente cristiana. Los estudiantes deben ser conscientes de la seriedad de su deber y sentir la alegría de poder ser el día de mañana «líderes» calificados y testigos de Cristo en los lugares en los que deberán desarrollar su labor. (n.23).

En este sentido, el exilio universitario no se refiere primeramente a una problemática de matrícula en términos cuantitativos. Sobre todo concierne a que la Universidad no sea lo que debe ser, a que deje de cumplir con su vocación natural. En fin, a que deje de ser lo que es según su constitución original y progresiva realización. Así, de alguna manera, también nosotros resultamos exiliados en el

tiempo, aunque tal vez no padezcamos una exclusión en el espacio. He pensado que éste es el ámbito adecuado para presentar la inquietud y proponer su consideración, y creo, también, que se trata de un deber de conciencia expresarlo y exponerlo para su discusión: “¡No tengáis miedo!” también rige para el diálogo entre docentes católicos sobre cuestiones académicas, incluso en Universidades Católicas.

Eso es lo último que “ayer” –el domingo 12 de abril de 1987-, en el Teatro Colón de Buenos Aires, nos dijera San Juan Pablo Magno, para que nosotros, docentes universitarios, reflexionemos “hoy y siempre”: “Sabéis bien que la Iglesia ha mirado siempre con interés y amor al mundo universitario, consciente de la importancia que tiene para el presente y el futuro de la humanidad” (Juan Pablo II, 1987, n.7).

Referencia bibliográfica:

Benedicto XVI, (2006). *Discurso en la Universidad de Ratisbona*. www.vatican.va.

Concilio Vaticano II, (1965). *Declaración sobre la Educación Cristiana de la juventud Gravissimum Educationis*. Madrid: BAC.

Congregación para la Educación Católica, (1972). *La enseñanza de la filosofía en los seminarios*. Buenos Aires: Ediciones Paulinas.

Congregación para la Educación Católica, (1976). *La formación teológica de los futuros sacerdotes*. Buenos Aires: Ediciones Paulinas.

Congregación para la Educación Católica, Consejo Pontificio para los Laicos y Consejo Pontificio de la Cultura, (1994). *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universitaria*. Buenos Aires: Ediciones Paulinas.

Consejo Pontificio para la Cultura, (1999). *Para una pastoral de la cultura*. Buenos Aires: Ediciones Paulinas.

San Juan Pablo II, (1979 a). *Constitución Apostólica sobre las Universidades y Facultades Eclesiásticas Sapientia Christiana*. Buenos Aires: Ediciones Paulinas.

San Juan Pablo II, (1979 b). *Discurso al Consejo de Federación Internacional de Universidades Católicas*. www.vatican.va.

San Juan Pablo II, (1980). *Discurso en el Instituto Católico de París*. www.vatican.va.

San Juan Pablo II, (1985). *Discurso en la Universidad de Lovaina (Bélgica)*. www.vatican.va.

San Juan Pablo II, (1987). *Discurso a los representantes del mundo de la cultura argentina*. Buenos Aires: Ediciones Paulinas.

San Juan Pablo II, (1990). *Constitución Apostólica sobre las Universidades Católicas Ex corde Ecclesiae*. Buenos Aires: Ediciones Paulinas.

San Juan Pablo II, (1993 a). *Discurso al mundo de la cultura en Riga (Letonia)*. www.vatican.va.

San Juan Pablo II, (1993 b). *Discurso al mundo de la cultura en Vilna (Lituania)*. www.vatican.va.

San Juan Pablo II, (1998). *Carta Encíclica sobre las relaciones entre la fe y la razón Fides et ratio*. Buenos Aires: Ediciones Paulinas.

San Juan Pablo II, (1999). *Inter munera Academiaram*. www.vatican.va.

Abstract:

La ponencia procura hacer una descripción de la realidad universitaria en la que nosotros, docentes, nos encontramos, partiendo de problemáticas concretas que – parece- comienzan a diferir de las de un tiempo no tan lejano. Al respecto, el planteo que se aborda es, principalmente, el de la misión de la Universidad en la Iglesia y en la sociedad, y el rol del profesor y el del alumno dentro de esa estructura. El desarrollo hace pie en la temática típica de la vida universitaria de la armonía entre la razón y la fe en su sentido clásico propio y en el de su expresión contemporánea de la integración entre Evangelio y cultura. En ese contexto, ¿cuál es nuestro legado a generaciones futuras como responsables de este hoy universitario?

Curriculum vitae:

María Fernanda Balmaseda Cinquina

Lic. en Filosofía (Universidad del Norte “Santo Tomás de Aquino”).

Institución de pertenencia: Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires.

Materias que dicta: Introducción y Antropología, Ética y sus fundamentos, Filosofía Social.

Principal tema de estudio: Ser y persona en Santo Tomás de Aquino y Karol Wojtyła / San Juan Pablo Magno.